

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus qui tam strenue religionis, et
justicie partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias, 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los co-
misionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero, 70 rs.—En Ultramar, 90 rs. trimes-
tre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.
—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saa-
vedra, 55, rue Taibout.—No se devuelve ningún manuscrito.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

DECRETOS.

De acuerdo con el Consejo de ministros, ven-
go en admitir la dimisión que del cargo de go-
bernador civil de la provincia de la Coruña me
ha presentado D. Laureano Malvares.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de la Coruña a D. José Gómez Díez.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Valencia
me ha presentado D. Ramón Kóiser y Moreno.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Valencia a D. Federico Villava.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Burgos a D. Antonio de Quededo y
Donis.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Córdoba a D. Francisco Moreu y
Sanchez.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Toledo me
ha presentado D. Pedro Labrador.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Toledo a D. Manuel González Lla-
na, que desempeña igual cargo en la de Cór-
doba.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Alava me
ha presentado D. José María Bzeart, declara-
ndo cesante con el haber que por clasificación le
corresponda.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Alava a D. Miguel Fernández Val-
maseda, que desempeña igual cargo en la de Cas-
tella.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Alaba-
ce me ha presentado D. Manuel Izquierdo López.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Alaba-
ce a D. Tomás de Aquino Ar-
derius, que desempeña igual cargo en la de Bur-
gos.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Castellón a D. Leandro Pérez Cosío.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Cuenca
me ha presentado D. Valentín Pérez Montero.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Cuenca a D. Pedro Granero y Ara-
gon, que desempeña igual cargo en la de Jaén.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Huesca
me ha presentado D. Angel Abad y Goyeneche.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Huesca a D. Alberto Quintana.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Jaén a D. Martín Tosantos, cesante del
mismo cargo.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Lugo me
ha presentado D. Miguel Vidal y López.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Lugo a D. Fernando Fernández Bo-
badilla.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Navarra a D. Carlos Cid.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Palencia
me ha presentado D. Fernando Monedero.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Palencia a D. Ambrosio José Ca-
gigas.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Salaman-
ca me ha presentado D. Ramón Izquierdo.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Salamanca a D. José Ferreras.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo
de gobernador civil de la provincia de Soria me
ha presentado D. José Álvarez Sotomayor.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Soria a D. Constantino Armesto.

—Vengo en admitir la dimisión que del cargo

de gobernador civil de la provincia de Vizcaya
me ha presentado D. Antonio Fernández; decla-
rándole cesante con el haber que por clasificación
le corresponda.

—Vengo en nombrar gobernador civil de la
provincia de Vizcaya a D. Miguel Díez Ulzurrun.
—Dados en palacio a quince de Enero de mil
ochocientos setenta y dos.—Amado.—El presi-
dente del Consejo de ministros, Práxedes Mateo
Sagasta.

PARTE EXTRANJERA.

Dice una carta de Berlín.

«Después de algunos puntos negros en el ho-
rizonte de M. de Bismarck, y esos puntos negros
aparecen en dirección de Baviera y del Rhin. El
canciller prusiano está poco satisfecho de la rui-
dosa campaña emprendida por los viejos católi-
cos bávaros y sus buenos amigos los francos-
masones contra Roma y las decisiones del Concilio
Vaticano. M. de Bismarck esperaba que surgiera
un cisma, cuyo jefe sería el Sr. Doellinger, cis-
ma que arrastrase a la mayoría de los quince
millones de católicos del imperio y contrabalan-
case de esta suerte la influencia de Roma.

Todo esto ha fracasado, y el canciller se queja
seriamente contra los que le habían prometido
montes y maravillas con el auxilio de los viejos
católicos. Verdaderamente, nunca se había visto
en Alemania un fracaso tan caracterizado. Doel-
linger y sus adeptos se han cubierto de ridículo;
han gastado inútilmente mucho tiempo y aun
dinero, dinero prusiano, y su Iglesia nacional
está aún por hacer. Y no es que los haya faltado
el brazo protector. Lo han tenido todo a su dis-
posición, y en su auxilio ha venido la persecución.

A pesar de todo este aparato, el cisma tan de-
sado ha muerto en germen, y M. de Bismarck
habrá de inventar nuevos medios para molestar
y fastidiar a los católicos que, dando al César lo
que es del César, quieren, sin embargo, dar a
Dios lo que es de Dios, y continuar en perfecta
comunidad de creencias, principios e ideas con el
centro de la verdad infalible, la Iglesia romana
y el Pontificado.

Otro punto negro: el rey Carlos I de Wurtem-
berg piensa, según parece, en restablecer una
legación de Wurtemberg en París. Este proyecto
envuelve ideas poco unitarias bajo el punto de
vista del Gobierno prusiano, y contraria mucho
al canciller. El rey de Wurtemberg nunca ha
querido apasionadamente a M. de Bismarck; ni al
emperador. Por su parte esos dos poderosos per-
sonajes han mostrado siempre pocas simpatías al
hijo de Guillermo I. De hoy proceden las preten-
siones individualistas de este último, pretensiones
que afectan tanto más vivamente en cuanto la
Baviera, el gran ducado de Baden, la Sajonia
real, la Hesse y los demás Estados que un año
atrás figuraban en el plano alemán, muestran
mucho docilidad en aceptar el unitarismo prusiano.

En lo que le concierne, el gran duque de Ba-
den ha dado una reciente prueba de ello, consi-
stiendo en la supresión de su ministerio de la
Guerra, y en la fusión de este ministerio con el
del imperio alemán. Poco a poco la centraliza-
ción prusiana se impone, y no está lejano el día
en que toda la vida de la raza alemana se con-
centrará en Berlín. Entonces vendrá la apople-
gía gubernamental.

Después de su derrota en las pasadas eleccio-
nes, Víctor Hugo ha dirigido al pueblo el siguiente
documento:

AL PUEBLO DE PARÍS.

«París no puede ser vencido. Sus derrotas apa-
rentes encubren triunfos definitivos. Los hom-
bres pasan, el pueblo queda. La ciudad que Ale-
mania no ha podido vencer, no será vencida por
la reacción.

«En ciertas épocas extrañas, la sociedad tiene
miedo y pide auxilio a los implacables. La vio-
lencia tiene entonces la palabra, los implacables
aparecen como salvadores; se sanguinario es
tener buen sentido. El *ex tunc* es la razón de
Estado; la compasión es considerada aleve, y la
imputan todas las catástrofes. El hombre que
practica la clemencia es mirado como un
demente, ó como un enemigo público. Becerra
infunde espanto, y Las Cazes es comparado
con Marat.

«Esas crisis, en las que el miedo engendra el

terror, duran poco tiempo; su misma arrebatada
violencia las precipita. Al cabo de poco tiempo,
el falso orden que produce el sable derrotado
por el verdadero orden, que engendra la libertad.
Para obtener esta victoria, no se necesita nin-
guna lucha. La marcha progresiva del género hu-
mano conmueve pacíficamente lo que está des-
tinado a derrumbarse. El paso lento y mesu-
rado del progreso basta para destruir las cosas
falsas.

«Lo que París quiere, eso será. Están anun-
ciados varios problemas: todos tendrán solución,
y solución fraternal. París quiere la paz, la con-
cordia, la unión de las llagas sociales. París
quiere el término de las guerras civiles. El tér-
mino de las guerras civiles se obtiene terminando
los odios; ¿cómo poner fin a los odios? Con la ami-
nistía.

«La amnistía es hoy la condición profunda del
orden.

«El gran pueblo de París, desconocido y calum-
niado a causa de su misma grandeza, dará buena
cuenta de todos los obstáculos. Triunfará con la
calma y la voluntad.

«Por más que el sufragio universal sufra a ve-
ces sus eclipses, es la única manera de gobernar;
el sufragio universal es el poder, todo superior
a la fuerza. De aquí en adelante, todo es el su-
fragio, nada con el fusil. La justicia y la verdad
tienen un esplendor soberano. El pasado no pue-
de sostenerse a la faz del porvenir. Una ciudad
como Versalles, que representa la monarquía, no
puede soportar por mucho tiempo la mirada de
la libertad. París, que personifica la repú-
blica.—Firmado.—Victor Hugo.—París, 8 de
Enero de 1872.

En medio de las grandes tribulaciones por que
pasa la Iglesia, es de gran consuelo ver cómo en
todos los países levantan fortalezas los católicos
para defenderse de la impiedad. En el Congreso
de oradores y escritores católicos portugueses que
se inauguró el 27 de Diciembre último, resuenan
elocuentes voces que son otras tantas protestas
contra el ecipicismo, el materialismo, el pan-
teísmo y cuantos errores y sistemas perniciosos
han inventado la soberbia humana para alejar la
idea de Dios. Sentimos no tener una crónica de
las sesiones que celebrase dignísima Asamblea,
y solo por una deferencia del Padre Juan Vieira
Nieves Castro de la Cruz conocemos los dos dis-
cursos que ha pronunciado en la inaugural y la
siguiente. Por ellos lo felicitamos, y repetimos
el que en cuantos sientan dentro de su pecho el
amor a la Religión y el amor a la patria, deben
tomar parte en tan santa cruzada. Con Religión
y patria está dicho todo. El derecho, la tradición,
la legitimidad, la verdadera libertad, están com-
pendiadas en estas dos palabras.

Dice un periódico:

«Por algo se empieza. El Congreso de Washing-
ton ha recibido de los habitantes de Tejas una
petición de que el Gobierno intervenga en los
asuntos de México, pretexto de que peligran
los bienes de los norteamericanos por la mane-
ra poco escrupulosa de hacer la guerra los me-
jicanos.

«Al leer esta noticia nos ocurre que se ha ha-
blado del reemplazo del Sr. Roberts por el señor
Polo, sin que los decretos se hayan publicado, y
en verdad que las circunstancias no son para
situaciones indecisas.

El abate M. Denys, Cura párroco de San Eloy,
que estuvo en calidad de rehén en poder de la
Comuna, acaba de publicar el discurso que pro-
nunció dedicado a la memoria de los reverendos
Padres de Piepus, fusilados en Belleville el 26
de Mayo último.

Entre los recuerdos que evoca, se encuentra el
siguiente relativo a un hombre a quien su hijo
ha dado una muy triste celebridad. Nos refiri-
mos al padre de M. Enrique Rochefort. «El mis-
mo Sábado Santo, dice el abate M. Denys, el
conde M. de Rochefort de Ligny que pertenecía
a mi parroquia, y a quien yo veía de vez en cuan-
do, me hizo llamar. Estaba enfermo.

«Era un respetable anciano de edad de ochenta
años cumplidos, de alta estatura, de noble y
grave semblante que conservaba aun toda la plen-
titud de su clara y despiadada inteligencia y de
su cultivado y notable talento a la par que sus
atentos y delicados modales propios de un cum-
plido caballero. El conde de Rochefort deploraba
en extremo los extravíos de la mente y del cora-
zón de su hijo a quien nunca dejó de amar, no

replicó Mordaunt, que no teneis que repro-
charme...

—Basta, dijo Mordaunt con aspereza; no ha-
blemos más de esto; hemos hecho ya bastante
uno por otro; es preciso que nos separemos bien
pronto, no hay remedio. Esta necesidad nos ser-
virá de consuelo si nuestra separación le re-
clamase.

—Yo estoy pronto a obedecer vuestras órdenes,
y a someterme a vuestros deseos, dijo Mordaunt,
que no sentía se presentase aquella ocasión, que
le hacía esperar el poder ver más mundo. Yo
presumo que juzgaréis a propósito el hacermos
empezar por un viaje a la pesca de la ballena.

—La pesca de la ballena sería sin duda un
modo singular de ver el mundo; pero vos no po-
deis decir más que lo que habeis aprendido en
fin, dejemos esto. Decidme, ¿ayer en dónde os
pusisteis al abrigo de la tempestad?

—En Star-Burgh, en casa del nuevo factor que
acaba de llegar de Escocia.

—En casa de ese padre, de ese hombre
lleno de proyectos y de visiones estrafalarias? ¿y
a quién habeis visto allí?

—He visto a su hermana y a la vieja Norma de
Filfil Head.

—¿Cómo! repuso Mordaunt con una sonrisa
burlona; ¿esa mujer tan poderosa en hechizos y
en brujerías, que hace cambiar el viento vol-
viendo su toca, como acostumbra a hacerlo el
rey Erik volviendo su sombrero? La buena sa-
bería viajar bien lejos de su casa. ¿Y cómo le va
con su negocio? ¿Hace fortuna vendiendo viento
favorable a los que quieren entrar en el puerto?

obstante no tener motivos para estar satisfecho
de él, y a pesar de que ese hijo ingrato no hizo
nada por su padre que se hallaba, como él sabía,
en una situación muy precaria.

En el instante supremo en que conoció que su
alma iba a abandonar este mundo efímero para
entrar en la eternidad, ese venerable anciano
confesó profundamente contrito y con completa
claridad de entendimiento todas las faltas de su
vida, recibiendo poco después los Sacramentos
de la Iglesia en presencia de una sobrina suya
dotada de sentimientos iguales a los de su tío, y
de varias otras personas a las cuales edificó con
la respetuosa manifestación que hizo de sus sen-
timientos religiosos.

M. de Rochefort falleció al cabo de algunos
días. Su hijo no cuidó de su entierro, ni siquiera
en la parte prosrita por las leyes civiles, ni se
ocupó poco ni mucho de sus supremas intencio-
nes, ni de la disposición de ánimo que demostró
al morir, ni de su última voluntad. La admi-
nistración de los Sacramentos de la Iglesia al
conde M. de Rochefort fué el último acto de mi-
nisterio pastoral que practiqué antes de que
se me prendiese.

La comisión encargada del examen de la queja
presentada a la Cámara de diputados por el Ar-
zobispo de Munich y el Obispo de Auggsburg, se
reunió nuevamente el día 8 para oír el informe
de la minoría de dicha comisión, compuesta de
tres *trjes católicos* que quieren rechazar la que-
ja. El Sr. Vull lo dijo al informe que dará dos ho-
ras. En el ataque el dogma de la infalibilidad
considerándole como peligroso al Estado, hacia
la historia del *Plaet* a su modo, y se entretenía
en repetir todas las sinrazones que los nuevos
sectarios alegan para separarse de la Iglesia.
Después de terminada la lectura, los individuos
de la mayoría se reunieron para acordar la res-
puesta que se debía dar a este informe, y acorda-
ron imprimir y repartir a los diputados. Una
vez hecho esto, empezó la discusión pública
que prometía ser importantísima y tumultuosa.
El Sr. D. Lutz preparó su defensa y, según se
dice, ha tomado como colaborador a Doellinger.

Parece que entre algunos jefes de *La Internacio-
nal* hay serias divergencias, y no será extraño
ocurrir disensiones entre los principales corrientes
petrolistas. M. Bradlaugh, con motivo de la le-
ctura de un discurso, aludió a M. Karl Marx como
bonapartista y espía de Bismarck. El doctor
Marx contestó que habiendo considerado el ata-
que del Dr. Bradlaugh, no merecía más que un
solommo despectivo por respuesta; que aquellas
palabras solo son dignas del vanidoso que se idola-
trata a sí mismo; ni silencio, añade, le ha volu-
to loco, y procediendo a la forma de controversia
llamada *Tu quoque*, dice, un hombre debe ser
juzgado conforme a la compañía con quien co-
municar; Bradlaugh ha comido con Girardin,
gran partidario de los bonapartistas a quien Luis
Napoleon tenía intención de nombrar senador.
M. Hales, secretario de *La Internacional*, acor-
rimo contra el grande apóstol de la seculariza-
ción, dice que M. Bradlaugh ha ido últimamente
dos veces con misiones a París, y tiene reputa-
ción de no hacer cosa alguna para nada, y con-
cluye diciendo que para la organización de los
trabajadores, enviándose como se envían emi-
sarios secretos, él debe haber trabajado por algún
otro, y averigua si había alguna relación bona-
partista en las visitas e intrigas recientes de
M. Bradlaugh, también piensa lo mismo M. Os-
borne.

Esciben de París con fecha 13:

«Voy a dar a Vd. cuenta del resultado de una
reunión que ha tenido lugar en Versalles, en ca-
sa del diputado legitimista M. de Meaux. Se ha-
bla tanto de ella y puede ser de tan trascenden-
tales consecuencias, que bien merece que se le
consagre un capítulo especial.

La reunión tenía, ó se quiere suponer que te-
nía, carácter de privada. El conde de Falloux,
que confiando demasiado en el poder de su elo-
cuencia, había creído que no le sería difícil el ar-
rastrar a los partidarios del conde de Chambord,
al ver su completo juicio, para ocultar su derro-
ta, ó sea el *Sedan parlamentario*, como ahora se
dice, ha dirigido una carta, en la cual protesta
vagamante contra la resena que de su arenga
han publicado varios periódicos. Pero nótese
bien, que protesta, no contra la verdad, sino
contra la publicación.

M. de Meaux, dueño de la casa, por cubrir sin

duda a su amigo, publica otra carta, que no gu-
stará a todo el mundo, en la cual se queja de que
teniendo la reunión un carácter privado, haya
habido quien divulgue lo ocurrido en ella. (Car-
ácter privado una reunión política a la cual
asisten 78 miembros de la Asamblea, para tratar
nada menos que de la gran cuestión que divide
hoy al pueblo francés!)

Los diputados que han faltado al secreto dicen
y repiten que no tienen obligación ninguna de
guardarlo, porque nadie les habló de la necesi-
dad de la reserva, y porque además, aunque se
les hubiese recomendado el silencio, no debían
hacer caso, ninguno de estas recomendaciones por
haber averiguado que la reunión no era más que
un lazo insidioso que les tendía el ministro de la
Gobernación; M. Perier, de acuerdo con el duque
de Aumale.

Así es que cada diputado ha procurado escri-
bir al periódico con el cual mantiene más estre-
chas relaciones para que la Francia entera sepa
lo que M. Falloux desaba y lo que ha conse-
guido.

Según la primera versión, publicada por la
Gazette de l'Ouest, el conde Falloux dijo que las
cosas no podían seguir como siguen; que la in-
torinidad llevaba a la *Commune* ó al imperio; que
para librarse de estos dos peligros no había
más medio que el de restablecer la monarquía;
que el representante legítimo de la monarquía
era el conde de Chambord, que su heredero era el
conde de París; que el conde de París tiene el de-
recho y aun el deber de volver por la corona que
le ha sido suya; que los Orleans son la familia
real; que el conde de Chambord se empeña en
conservar la bandera blanca; que los hijos de
Luis Felipe no pueden ni quieren abandonar la
bandera tricolor; que la Cámara, en fin, tenien-
do por soberana, podría erigirse en árbitro y
decidir cuál había de ser la bandera que aceptase
todo el mundo.

Le *Courrier de France*, que parece informado
por los más adictos al conde de Chambord, dice
que el conde de Falloux excitó a los legitimistas
a que ejerciesen presión sobre Enrique V, para
decidirlo a que renunciase a su opinión propia y
se pusiese a disposición del país. Y con el fin
de persuadirlos a esto, les manifestó que los an-
tiguos monarcas consultaban a los Estados gene-
rales y adoptaban sus resoluciones, y que si el
trono ha sucumbido ha sido porque los reyes qui-
sieron dirigirse por su propio consejo, rompien-
do todo lazo que pudiese frenar su voluntad.
Añadió al terminar que quizá pudieran supri-
mirse muchos obstáculos si se alansas el cami-
no llevando al duque de Aumale a la presidencia
de lo que ahora se llama la república.

Al oír esto, los diputados se levantaron a pro-
testar, llenos de indignación. Este lenguaje les
parecía revolucionario y no vacilaban en califi-
car de indigna la idea de hacer la fuerza al con-
de Chambord, dando desde luego el poder al du-
que de Aumale.

La *Province*, que también parece bien infor-
mada, en una carta que debe estar escrita, ó al
menos inspirada, por algún asistente a la re-
unión, confirma todo lo dicho y añade que el
conde de Falloux sostenía que la corona no era
propiedad exclusiva de Enrique V; que el conde
de París era su copropietario, y que debía ser
declarado excluido del derecho a reinar el prin-
cipe que no se sometiese al arbitraje de la Asam-
blea.

Esto no necesita comentarios.

La *Union*, que antes era muy adicta al conde
de Falloux, dice, no obstante, que fueron oídas
con sorpresa sus extrañas palabras, y que algu-
nos diputados quisieron protestar al día si-
guiente.

La *Univers* dice que el conde de Falloux se va-
ló de una alegoría que no dejó de parecer... cu-
riosa. A su decir, Francia tenía a la vista dos
barcos de alto bordo, uno que solo traía una
rama, un espárrago, como si dijéramos el conde
de Chambord, que no tiene hermanos, ni hijos,
y otro que lleva a bordo un árbol frondoso lleno
de verdes ramas, la casa de Orleans, en la cual
tantos y tan ilustres príncipes hay. La idea de
Falloux era demostrar con esto que para los mo-
narcas, el conde de Chambord no era más que
una interinidad, al paso que los Orleans eran
solución definitiva.

Dice un periódico de París:

«Una gran preocupación agita los ánimos en
estos momentos. Se trata de continuar con el
Gobierno provisional, dado caso de que M. Thiers
llegase a faltar, y en tales circunstancias, según
se dice en los círculos políticos, tendría lugar
esta combinación.

el lado del mar de una piedra blanda y fácil de
desmenuzarse, que cediendo poco a poco a la ac-
ción de la atmósfera, se deshace en grandes ma-
sas suspendidas sobre la pendiente del precipicio,
y que siendo desprendidas por la violencia de las
tempestades se precipitan con un estruendo es-
pantoso en las aguas que baten continuamente el
pie del promontorio.

Un gran número de estos fragmentos se hallan
amontonados bajo las rocas de que antes hacían
parte, y el mar arroja perpetuamente sobre ellos
sus olas embravecidas, lo que hace esta para-
ja más horrible y peligrosa.

Cuando Mordaunt y su hijo llegaron a lo alto
del promontorio, y miraban a lo lejos las olas,
estas conservaban todavía una gran parte de su
agitación, porque la tempestad de la víspera ha-
bía sido demasiado fuerte para que se calmasen
tan pronto, y por consiguiente una fuerte marca
venía a estrellarse al pie del precipicio con un
estruendo que aturdira, y capaz de destruir cuanto
arrastrase su corriente. La vista de la natu-
raleza en todos tiempos tiene en su magnificen-
cia, en su hermosura y aun en sus horrores, un
interés que subyuga de tal manera, que ni aun
la costumbre de contemplar su espectáculo va-
riado puede apenas debilitarle. El padre y el hijo
se sentaron en aquel paraje para dirigir con más
comodidad a lo lejos sus miradas atentas sobre
la horrible escena que les presentaba la dilatada
y rápida corriente de la marea, que venía a es-
trellarse contra las desgajadas rocas del cabo
Samburgh. (Se continuará.)

EL PIRATA,

FOR

SIR WALTER SCOTT.

(CONTINUACION.)

Mordaunt conocía la singularidad del carácter
de su padre, y numerosas aunque ligeras cir-
cunstancias le habían convencido de que no le
amaba, a pesar del esmero con que al parecer se
ocupaba de su educación, y de las demostracio-
nes con que en algunos momentos daba a enten-
der que era el único objeto de sus cuidados sobre
la tierra; pero jamás la convicción de esta falta
de ternura penetró tan profundamente en el co-
razón del joven Mordaunt que en vista del arre-
bato brutal con que su padre se negó a recibir de
su hijo esta especie de asistencia, que cuasi todas
las personas avanzadas en edad aceptan con pla-
cer de los jóvenes con quienes se hallan, aunque
sus relaciones sean las más débiles; con un ho-
menaje que no es menos agradable admitir que
ofrecer.

Sin embargo, Mordaunt no pareció advertir la
impresión que su dureza había hecho en el co-
razón sensible de su hijo; y parándose en una
especie de esplanada, a la que acababan de llegar,
se dirigió a Mordaunt en los términos siguientes,
y con un tono de indiferencia, que hasta cierto
punto parecía afectada.

—Mordaunt, pues que teneis tan pocos moti-

vos para permanecer en estas islas salvajes, su-
pongo que desearéis ver un poco mas mundo.

—Bajo mi palabra de honor puedo asegu-
raros, mi querido padre, que jamás he pensado
en ello.

—¿Y por qué? Yo creo que sería una cosa muy
natural en vuestros años. Cuando yo tenía
vuestra edad, la extensión de la Gran Bretaña,
a pesar de su variedad y de su hermosura, no
pudo bastar a mi imaginación, ni a mis deseos,
y con más razón no hubiera podido reducirme a
vivir entonces en un país tan limitado, rodea-
do por todas partes por el mar, y en el que no se
encuentra más que turba y musgo.

—Nunca he pensado en dejar estas islas, mi
querido padre; aquí soy dichoso, tengo amigos, y
vos mismo, puede ser, sentiréis mi ausencia, a
menos que...

—¿Qué dijo su padre interrumpiéndolo brin-
damente. ¿Queréis persuadirme que os estáis
aquí, ó que queréis quedáros por el amor que me
teneis?

—¿Y por qué no, mi querido padre? respondió
Mordaunt con agrado. Este es mi deber, y yo
creo haberlo llenado hasta aquí.

—Oh sí, vuestro deber, vuestro deber! dijo
Mordaunt con el mismo tono de voz: como el del
perro en seguir al criado que le da de comer.

—¿Y en esto no se manifiesta flut a su deber?

—Si, dijo su padre volviendo la cabeza al otro
lado, pero no mueve la cola más que a los que
le acarician.

—Yo estoy persuadido, mi querido padre, le

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 16 DE ENERO DE 1872.

RESOLUCION.

II.

Nadie puede imaginarse la satisfacción con que leímos en *La Época* de anoche la equivocada noticia de que uno de los puntos en que la diferencia de opiniones entre los carlistas comienza, es el de la elección del sitio en que los periódicos del partido deben reunirse; pues algunos de ellos (los de *El Pensamiento*), según parece, sienten repugnancia á ir á casa del Sr. Nocedal.

Es imposible estar más desorientado en el asunto, y no acertamos á explicarnos cómo *La Época*, notoriamente lista de ordinario, no cayó en la cuenta de que cosas tan graves, no podían tener comienzo tan pueril. Hasta *Scribe*, en su famosa comedia, en que exagera la influencia de las cosas pequeñas sobre las grandes, no presenta *El Vaso de agua* como causa formal, sino como causa ocasional de los acontecimientos. En nuestra supuesta repugnancia á concurrir á casa del señor Nocedal, no hay verdad de ningún género. *El Pensamiento* Español se honraria en ir á casa del Sr. Nocedal, como otras veces se ha honrado; *EL PENSAMIENTO* no cree que el Sr. Nocedal sea el hombre político más á propósito para dirigir la prensa católica-monárquica; pero admitido el principio de la dirección, dejaría al tiempo y la reflexión la prueba de los inconvenientes políticos de la elección de la persona. Contra lo que nosotros hemos representado, es contra la dirección única de los periódicos carlistas.

Pero hemos dicho que nos causó cierta satisfacción la noticia de *La Época*, y vamos á explicarlo, porque nos dá margen para continuar el artículo que ayer tuvimos que interrumpir.

Es este periódico uno de los mejor informados y de los más diligentes en dar noticias; no nos faltan ni á amigos, y precisamente su ilustrado director es uno de los pocos que ya nos van quedando de nuestra juventud. Pues bien; con todas esas circunstancias, en la misma tarde en que escribíamos nuestro artículo *Resolución*, el diario conservador ignoraba por completo el sistema de conducta que *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* se había trazado á sí propio y estaba siguiendo hace quince días. ¿Qué prueba esto sino que nosotros hacíamos causa común con nuestros compañeros; que ni de palabra ni por escrito exhalábamos una sola queja, ni nos defendíamos de cargos que solo en apariencia nos alcanzaban, todo por respeto al augusto jefe de la comunión católica-monárquica, y por deferencia y lealtad á nuestros amigos los redactores de los demás periódicos carlistas?

Mas ¡ay! mientras esto pasaba, uno de ellos, el más antiguo, el que mayores y más rancios blasones puede ostentar en su escudo, peleando á nuestro lado, dándonos la mano de amigo, nos asesta el inconcebible golpe que ayer han visto nuestros lectores. Perifraseamos un quejido del alma, no por el dolor de la herida, sino por el sentimiento de ver qué mano nos ha clavado el puñal.

Y como la política no tiene entrañas; como sabemos cuán fácilmente se profanan los más dulces y recónditos movimientos del corazón, cuando producen latidos perceptibles en la plaza pública de la prensa, basta de esto, y volvamos á entrar en el orden meramente político.

Hemos dicho ayer, y repetimos hoy, que no llegaremos, por ahora, al fondo de la cuestión arriba apuntada; que no expondremos por hoy las razones que en nuestro concepto nos han asistido para representar contra la nueva organización de la prensa carlista, circunscriptiéndolos pura y simplemente á defender nuestra conducta tan sumisa, como noble, tan propia de los que reconocen y acatan el principio de autoridad sin exagerarlo hasta la ridículo, como de los que han aprendido en la historia y las costumbres del pueblo español los principios esenciales de nuestra monarquía tradicional.

A estos principios hemos correspondido fielmente, representando y obedeciendo, y guardando además profundo silencio sobre nuestra representación hasta que se nos ha obligado á romperlo, y después de haber dado tiempo para que la causa se falle por quien puede dirimir la cuestión con una sola palabra.

No tenemos en este conflicto, ningún interés personal; no hemos venido á mandar, sino á obedecer, al entrar en el partido carlista. Si este no fuese nuestro decidido propósito, es probable que hoy estuviésemos mandando. Tenemos de este juicio tan altos como sólidos y gratísimos testimonios.

Tampoco abrigamos prevenciones injustas contra determinada persona. Si las tuviéramos, si no hubiésemos respetado en ella el reflejo del astro á cuya luz políticamente vivimos, algo habríamos dicho, algo habríamos indicado en *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* acerca del desgarramiento del partido carlista, exclusivamente debido á la conducta bien intencionada, no lo dudamos, pero desastrosa y fatal, de la persona á quien aludimos.

A consecuencia de sus desaciertos, hemos visto caer uno por uno hombres muy importantes de la Junta Central, carlistas antiguos tan distinguidos por su cuna, por su talento, como por los inmensos sacrificios que han hecho por la causa.

Estamos esperando, con toda confianza, el remedio de todos estos males, que pueden ser y serán pasajeros y servirán para aclarar y dar más esplendor á la comunión católica-monárquica.

Pero creíamos y seguimos creyendo que el remedio debe facilitarse por aquellas personas que involuntariamente son causa del mal, y se han convertido, contra su intención, en piedra de escándalo dentro del partido. Creíamos que el primer deber de todo hombre verdaderamente monárquico, que se halla en tan triste caso, es hacer renuncia de la posición que ocupa, y que dá lugar á tantos y tan lamentables disgustos, los cuales antes, mucho antes que en la redacción de nuestro humilde periódico, han resonado en los ámbitos del cuerpo superior político del partido carlista.

Nosotros tenemos también para algunos la misma desgracia que el Sr. Nocedal: nosotros estamos hoy sirviendo á ciertos carlistas de piedra de escándalo, á pesar de

la pureza de nuestras intenciones, de nuestra conducta eminentemente monárquica y eminentemente patriótica, la única en nuestro concepto, la única salvadora del partido que iba cayendo en el marasmo, y que merced á esta sacudida se reconstituirá fuerte, vigoroso, con los principios que le dan perpetua vida, con la unidad en lo necesario y la santa libertad en lo dudoso, que es la atmósfera de la Iglesia y de toda alma racional. Nosotros creemos que solo así puede vivir, y que así también ha de triunfar, siendo por este camino, indefectible el triunfo.

La prueba de que para algunos estamos siendo involuntariamente piedra de escándalo, se halla en el artículo de *La Esperanza* que ayer copiamos, y en algunos párrafos de embobadas pero sangrientas amenazas que, aun sin ornos, nos dedica ayer. Pues bien; monárquicos nosotros hasta donde puede llegar el que más, sin tocar en la línea donde concluye el monarquismo y empieza el cesarismo; leales á nuestros compañeros de combate hasta la abnegación, según demostramos ayer; pero ultrajados por uno de ellos hace cuatro días, cuando existe una *Dirección de la prensa*, que no ha sabido ni contener, ni corregir estos desmanes ayer reproducidos; nosotros estamos en el caso de practicar el consejo que hemos dado á otra persona, renunciando lo que como periódico hemos recibido de nuestro augusto jefe.

De él tenemos el derecho de publicar simultáneamente con los demás diarios carlistas de Madrid las comunicaciones oficiales y semificiales; renunciamos, pues, con todo respeto esta gracia, y nos quedamos reducidos á lo que éramos antes de recibirla, es á saber: al papel de periódico carlista, para defender la causa de la religión católica, de la monarquía legítima y la angusta persona de D. Carlos.

Nunca serán más fuertes los vínculos que nos unen á la comunión católica-monárquica que desde hoy en adelante; nunca mayores nuestros esfuerzos en favor de la unión y de la verdadera disciplina, porque nunca pondremos más cuidado que ahora en inspirarnos en nuestros principios, en el cariño al rey, en nuestro instinto monárquico, y en el conocimiento y experiencia que hemos adquirido de lo que á nuestro partido le conviene.

Creemos firmemente prestar á D. Carlos y á su causa un gran servicio con esta resolución; pues la prensa marcada el paso á son de tambor, es una prensa insostenible, una prensa sin vida propia, una prensa que se suicida y que mata al partido, si el partido carlista no fuese inmortal, y no encontrase siempre lo que necesita para no perecer.

Hoy los irreflexivos ó meticolosos nos podrán vituperar por esta resolución; pero seguros de que procediendo como verdaderos monárquicos, no podemos adoptar otra, el partido será el primero en recoger de ella óptimos frutos antes de poco tiempo.

Con la ayuda de Dios y del rey, hemos de sacar al partido de la momentánea postración en que está, como en otra ocasión aun más crítica, lo sacó el duque de Madrid siendo nosotros testigos presenciales de su acertada política.

LAS CORTES LIBERALES.

El liberalismo, fruto de tres siglos de educación pagana y sentina de todos los errores antiguos y modernos en religión y en ciencia social, tiene como la mitología el triste privilegio de empequeñecer y manchar cuanto toca.

Ha empequeñecido á las naciones que, aun las más potentes, se sienten débiles, y hayen delante de enemigos que antes hubieran dispersado con un soplo; ha empequeñecido á los pueblos que bajo el influjo de la doctrina liberal han perdido su dignidad, y sentido amortiguarse sus bríos, marchitarse su virtud y apagarse el brillo de la aureola de gloria que los habían ceñido los siglos cristianos; ha empequeñecido la literatura, la ciencia y el espíritu de investigación, reduciéndolo todo á plagios superficiales y ligeros; ha empequeñecido la diplomacia, la política, la religión en lo que de él ha dependido, y hubiera hecho pequeño á Dios, si Dios no estuviese infinitamente superior á los esfuerzos de los hombres.

Pero lo más singular y que más demuestra la malicia esencial al liberalismo, es que ha empequeñecido y puesto en ridículo las mismas instituciones que pretendía enaltecer.

Para suprimir á Dios, para quitar su idea de la mente de los hombres, el liberalismo proclamó el Gobierno del hombre por el hombre mismo, la soberanía de la voluntad nacional; y para expresar esta voluntad y formular aquel poder adoptó la representación de los pueblos por comisionados reunidos en Cortes.

¿Quién no pensaría que en donde el liberalismo imperase, las Cortes, por cierto no desconocidas en lo antiguo, adquirirían mayor importancia, resolverían sabiamente los grandes problemas políticos y sociales, prevenirían toda clase de conflictos interiores y exteriores, satisfacerían las necesidades de los pueblos, serían guía y juez de los demás poderes?

Eso prometían los maestros liberales; eso creyeron muchos bobalicones que pensaron que el mundo se convertiría en un nuevo Paraíso ó en una nueva Danja.

Mas tan grande es el descrédito en que han caído las Cortes liberales, que nadie les hace caso ni espera de ellas ninguna resolución provechosa. Consideráranlos los pueblos como una rueda inútil y costosa de una máquina gubernamental que todos quisieran ver destruida.

El día 22 de este mes deben volver á reunirse las Cortes liberales españolas, y nadie más que los que viven del presupuesto ó pretenden vivir de él, se ocupa en semejante apertura. Este suceso que cuando las Cortes españolas se llamaban Concilios en Toledo ó Cortes de Castilla hubiera derramado en todos los corazones la esperanza y la alegría, produciendo en ellos la expectación de grandes ventajas sociales, ahora producen un sentimiento de tristeza y el temor fundado de que habremos de presenciar nuevos escándalos que aumenten la deshonra nacional, profundicen los odios que nos dividen, y rebajen todavía más el carácter español, en algún

tiempo celebrado por su hidalguía y noble gravedad.

Los pueblos españoles están agobiados de contribuciones que no pueden satisfacer. ¿Hay alguien que espere que los diputados disminuyan el peso de los tributos?

La agricultura no produce por falta de medios los frutos que nuestro suelo privilegiado guarda escondidos en su seno, el comercio languidece y se para espantado por falta de seguridad. ¿Hay quien espere que los diputados tomen providencias eficaces para extirpar los ladrones y los estafadores, y para desahogar la situación del labrador?

Nuestro pueblo esencialmente católico llora ante las ruinas de los templos y la miseria de sus sacerdotes, desahogando ansiosamente que llegue el día de la justicia y de las legítimas reparaciones. ¿Hay quien espere que las Cortes apresuren este deseado momento? Al ver salir á los diputados y senadores para Madrid, ¿no temen todos, por el contrario, que vengan á aumentar el mal ó á echarle tierra para que arraigue?

No hay padre español que no quiera dar á sus hijos una educación católica, y las escuelas cuyo sostenimiento nos cuesta más que en naciones que nos han adelantado en ilustración, están cerradas ó puestas generalmente en manos de maestros impíos. ¿Hay quien espere que los diputados y senadores se ocupen en esta cuestión de tanta trascendencia?

No, nadie espera que las próximas Cortes pongan remedio á los graves males que nos aquejan, ni siquiera que traten de hacer algo para el bien de la nación.

Los mismos interesados en que no se descubra del todo el engaño parlamentario y en conservar á las Cortes algún prestigio, no se cuidan ya de infundir la más pequeña esperanza en los pueblos, bien porque la juzgan inútil en el estado á que han llegado las cosas, bien porque (y esto es lo más probable) preocupados enteramente por sus proyectos egoístas, se olvidan de la necesidad de disimular.

Para la inmensa mayoría de españoles que trabaja y paga la repartura de las Cortes es un suceso que no merece llamar su atención. Para los políticos, la misión del nuevo Parlamento se reduce á quitar al Gobierno á Sagasta para poner á Zorrilla, ó á dar un micio á Zorrilla y un voto de confianza á Sagasta, ó á arramar un lío en que queden enmarañados Sagasta y Zorrilla y no sabemos cuántos más.

Todos los cálculos de los periódicos versan sobre cuántos votos podrá tener cada uno de los caciques de partido que se disputan el presupuesto, es decir, el fruto de nuestros sudores y trabajos. Todas las diligencias de los agentes del Gobierno y de las oposiciones se dirigen á ganar y traer partidarios que les apoyen y ayuden en esa lucha personal. Ni unos ni otros piensan en los progresos de la ciencia, ni en la moralización de las costumbres, ni en los intereses de los pueblos, ni en el orden y tranquilidad pública, ni en el bien de la patria, ni en la religión, ni en Dios.

Los diputados vienen á representar á este ó aquel hombre público. ¿Quién viene á representar la nación?

Por esto la nación los desprecia, al menos los ve ir y venir indiferentemente, como se ve ir y venir á quien representa intereses que no son nuestros; los mira con cierto temor, porque sabe que ora representan á este, ora apoyan á aquel, el triunfo y la derrota pesan siempre sobre nosotros, mientras con la ayuda de Dios no logremos expulsarlos á todos.

En efecto, supongamos que triunfe Sagasta, y tendremos todos los males que nos hacen gemir; suponiendo que triunfe Zorrilla, tendremos todos los males que nos han hecho llorar durante su infuisto Gobierno; si gana, como es posible, el tercero que está atisbando la ocasión oportuna para reirse de zorillistas y sagastinos, tendremos la impiedad y la inmundicia más terribles, que son las de la unión liberal.

Hé aquí en qué se han convertido las graves Cortes españolas, después que las ha tocado el liberalismo. Un instrumento para ahogar el genio, para agobiar á la nación, para crear tiranuelos, para matar la fe en lo humano y en lo divino, para producir conflictos de toda especie, para que los que trabajamos hayamos de mantener con el pan de nuestros hijos á unos cuantos holgazanes que quieren vivir espléndida y sibaríticamente sin trabajar.

Ciertamente son indignas de llamarse Cortes españolas las Cortes liberales. El nombre que los cuadra, es otro que no queremos estampar.

LOS PADRASTROS.

No hace muchas días, el nombramiento del general Concha para el gobierno superior de la isla de Cuba, era de absoluta necesidad.

Hoy ya dicen los diarios ministeriales que el caso no es aprieta, y que sería poco conveniente el relevar ahora al general Balmaseda. Contradicción palmaria. ¿En qué quedamos? ¿Es ó no es necesario el relevo del general Balmaseda y el nombramiento del general Concha? Si no lo es, resulta que de esta cuestión hizo el Sr. Topete arma contra el Sr. Sagasta y el ministerio en provecho de los conservadores. Si lo es, resulta que se desatiende el interés de España, la salvación de Cuba, solo por no disgustar al Sr. Sagasta, y prolongar la vida del Gabinete, y no perder la ración de presupuesto que á cada uno le ha tocado.

Este argumento no tiene réplica; de seguro que no le han de contestar satisfactoriamente los ministeriales.

¿Qué se deduce de aquí? Que en España no se resuelven las cuestiones, no se cuida del bien del país, sino de ir tirando, acallar descontentos, satisfacer ambiciones, y hacer lo que conviene á unas cuantas personalidades. Se deduce, que con tal que no se disguste D. Falano, ni diga don Zutano que no juega, ni D. Perengano se vaya á la oposición, ni el de más allá nos niegue el voto, se pasa por todo, se destruye todo lo que hay que destruir y se arruina cuanto queda por arruinar.

¿Qué importa que Cuba se pierda ó se gane! Lo que importa es que nadie se incomode y que no riñan los compadres.

Y á esto llaman ser padre de la patria! Esto es ser sus padrastrós.

Padrastrós que la esquilmán, la deshonran,

la degradan y la reducen á la ignominia presente; padrastrós que han hecho de un pueblo algún día grande y respetado, y que no hace un siglo se alzó de su postración para asombrar al mundo, el *hazme-reír* de Europa.

Y esto que es muy triste, es sin embargo muy natural. Hay padrastrós, porque hace muchos años que se quebró la espada de la justicia. Desde que hay liberalismo; desde que el trono se hizo un retablo de maese Pedro, y en vez de la espada de D. Pedro y de Felipe II se puso en mano de los reyes falsificadores un sablecillo de palo, pudo este llegar á tal cual pobre diablo que más por ignorancia ó estupidez que por malicia se sublevó y fué cogido tras de una barricada, y cuando más alcanzó á tal cual sargento; pero los señores feudales, los ministros responsables, los generales que se sublevaban eran escoltados cortosamente hasta la frontera, y en el extranjero comiendo el consabido *amargo pan* disponiéndose á dar otro golpe con más fortuna.

¿Qué se necesita, pues, para acabar con los padrastrós? Muy sencilla es la respuesta. Una espada de bien templado acero, bastante larga para que alcance á lo más alto, y un rey de veras.

ERAMOS POCOS.

El acuerdo que ha puesto fin (por ahora) á las divisiones y rivalidades entre sagastinos y unionistas debía ser fecundo, y está á punto de producir nada menos que un nuevo partido liberal y una nueva denominación política. Por sí no bastaran á llenar de confusión y marear la cabeza más serena los innumerables nombres de nuestros innumerables partidos liberales, se disputa ya sobre el nuevo nombre que ha de darse al feliz conjunto político que ha resultado de la unión entre unionistas y progresistas de Sagasta. Imposible era ya que nadie supiese distinguir las diversas fracciones por sus nombres: socialistas, federales, unitarios, demócratas, radicales, cimbríos, zorillistas, sagastinos, calamares, boqueras, fronterizos, conservadores, unionistas, montpensieristas, canovistas, moderados; todas estas denominaciones, y alguna más que se nos quedará en el tintero, se aplican á nuestros partidos, haciendo de la política un verdadero logogrifo.

En esta situación hay, sin embargo, gentes que se ocupan seriamente en buscar un nombre que sirva de distintivo al partido que resulte de la unión de unionistas y sagastinos, y hacen este asunto objeto de largas y graves reflexiones. *La Prensa*, *El Puente de Alcolea* y *El Debate*, cantores de la nueva alianza, hallan muy conveniente que se adopte una denominación que borre las antiguas diferencias de los fusionados, y el primero de estos periódicos ha escrito dos largos artículos discutiendo sobre cuál debe ser esta denominación. Al cabo de grandes esfuerzos mentales, el periódico progresista, fundándose en que las instituciones vigentes son democráticas y en que, por otra parte, los partidos que tratan de unirse, adoptan un criterio conservador, sostiene que unionistas y progresistas de Sagasta deben llamarse de hoy más *demócratas conservadores*.

No supone mucha inventiva esta unión de palabras, que bran de verse juntas, y no es maravilla que haya tenido poca fortuna lo propuesto por el diario sagastino. La proposición en sí y la frialdad con que la han acogido los unionistas, indican que no está hecha ni es fácil que se haga la fusión deseada de liberales y conservadores. Esta denominación sola es rechazada por los sagastinos, que temen incurrir en la nota de reaccionarios, y en compensación de lo que por esta parte puedan perder, quieren llamarse demócratas; mientras que los unionistas, que tienen poca afición á lo democrático, rechazan todo nombre que implique adhesión á las doctrinas de la democracia.

¿Qué hacer en trance tan apurado? El caso es muy grave, y de la resolución que se adopte pende la felicidad de la patria. El día que se entiendan por completo unionistas y sagastinos y adopten un calificativo común, el país se ha salvado. Por eso nosotros, á fuer de amantes de la patria, les proponemos un nombre que tiene la ventaja de explicar claramente los propósitos del nuevo partido; este se llamará partido comanitario, ó sea, reunión de individuos y grupos que, separados, nada pueden, y que juntan sus esfuerzos para poder disfrutar del presupuesto, ó bien, simplemente: «Serrano, Sagasta y compañía».

En esta compañía entrará quien quiera; si tiene algunos elementos para contribuir al éxito de los propósitos de la sociedad, y el día en que la sociedad termine y los accionistas se separen, cada uno recobrará su antiguo nombre y su libertad de acción.

Si hemos de creer á *La Correspondencia*, las arcas del Tesoro español están rebosando, y nunca, ni en las épocas de mayor abundancia se ha visto tal cantidad de dinero acumulado, merced á las elucubraciones financieras del ministro de Hacienda, señor Angulo, y del director del Tesoro Sr. Manso. Verdad es que el periódico de noticias calla con gran habilidad las condiciones bajo las cuales se toma este dinero, limitándose á lo sumo á decir el tanto por ciento convenido, como si solo este dato fuese bastante para juzgar de la bondad de una operación rentística, y como si no fuese posible hacer un negocio sin que el interés del dinero sea muy crecido.

Pero no es esto solo; para conocer el estado de nuestro erario, no es suficiente el que uno y otro día se mencionen las cantidades que ingresan, sino que es necesario saber también las sumas que hay que satisfacer y los descubiertos que hay que saldar.

Cuando el Sr. Moret espuso ante las Cortes el estado de la Hacienda, pintó con muy sombríos colores nuestro porvenir, si no se aprobaban los presupuestos que presentaba, en los cuales proponía grandes economías y la creación de multitud de impuestos nuevos, algunos de los cuales repugnaban grandemente á los mismos diputados ministeriales.

La caída del Sr. Moret y la de su sucesor el Sr. Ruiz Gómez, unida á la suspensión de las Cortes, impidieron la discusión de los presupuestos de este último, y la votación de recursos que disminuían el déficit abru-

mador que pesa sobre nuestro Tesoro, déficit que se calcula en más de 50 millones mensuales, aumentado hoy con el último empréstito cuyos intereses deben haberse empezado ya á satisfacer.

Íntil es, pues, que *La Correspondencia* inserte sueltos como los que aparecen diariamente en sus columnas, y que trasciendan á la legua á ministerio de Hacienda, de donde salen redactados: el país conoce la situación á que han traído al Tesoro los liberales, y es una de las cuentas que en su día ajustará con los revolucionarios de Setiembre.

Parece que no obstante los artículos de los diarios sagastinos y fronterizos proponiendo y aceptando al parecer con conatable cordialidad la unión de ambas fracciones con el fin de salvar... los destinos, la cosa ofrece en la práctica obstáculos no pequeños que amenazan dar al traste con los pasteleros democrático-conservadores, como diría *La Prensa*. Así lo indica *La Época* en las siguientes líneas:

«Con razón decíamos ayer que no era de fácil digestión la masa preparada en la reunión de los ex-ministros unionistas: la rebelión, calmada por un momento, amenaza con reproducirse, y lo peor es que tiene ya jefe, así como cuenta con activos y diligentes promovedores. No insistiremos en este asunto, aunque podríamos decir mucho: lo único que adelantaremos es que el nombre de pila propuesto por nuestro apreciable colega *La Prensa* no ha hecho fortuna».

El Tiempo explica la rebeldía fronteriza de una manera que podrá no ser cierta, pero que cuando menos es verosímil.

«Ahora resulta, dice, que el acuerdo de los padres graves del unionismo no es del agrado de los fronterizos».

Se comprende la razón de la divergencia. La reunión se componía de ex-ministros: el grupo fronterizo se compone de los que aspiran á serlo, y bien conocen que si ahora se prescinde de ellos, difícil les será ya sentarse en la dorada poltrona».

Pero según *El Argos*, «en los círculos políticos se sentían ya ayer tarde los resultados de la reunión celebrada por sus amigos. Los radicales manifestaban claramente su disgusto; mientras que las huestes ministeriales veían en el apoyo del partido conservador la garantía de la permanencia en el poder del actual Gabinete».

Sin embargo, este periódico no veía las cosas tan de color de rosa como en las precedentes líneas á todas las horas de ayer tarde. En otro lugar indicaba el temor de que el actual Gobierno fuese derrotado á pesar del apoyo de los conservadores; si los diputados ministeriales no imitaban en su disciplina á los zorillistas. Hé aquí sus palabras, notables por la crudeza con que trata á sus amigos y que solo suele emplearse en casos extremos:

«Procuran nuestros amigos imitar la actividad con que los diputados radicales se preparan para la próxima batalla en el Parlamento. A las invitaciones del jefe de pelea han contestado ya casi todos los que se hallan fuera de Madrid, ofreciendo asistir desde el primer día; conducta que, por lo demás, elogiamos, porque el hombre político se debe á su partido y al país, y si no tiene condiciones para sacrificarse cuando las circunstancias lo exigen, no merece ocupar su puesto».

Pero si *El Argos* compromete de esta manera á venir inmediatamente á Madrid á los diputados ministeriales, en cambio les anuncia que las sesiones de las Cortes, á juzgar por las amenazas de los cimbríos, serán cortas, pero tempestuosas. Es decir, que no harán nada de provecho, pero escandalizarán al país.

¿Mas qué nos importa que se escandalice mientras se tiene en completo olvido la gobernanación del Estado, el podemos victorear la Constitución que autoriza estos y otros excesos?

La Época escribe un largo suelto excitando al Banco de España á evitar las falsificaciones de billetes, perfeccionando la estampación de ellos, para hacer mucho más difícil la falsificación, y á retirar de la circulación aquellos billetes ya muy usados que quedan defectuosos. Pienso *La Época* que este sería el medio de evitar tan continuas falsificaciones, y que si el Banco no se prestara á ello, el Gobierno debía obligarle, pues que si el Banco no puede ser responsable de las falsificaciones, está en el deber de dificultarlas y aun impedir las.

Desde luego convenimos en las apreciaciones del diario de la calle de las Torres; pero no hemos dejado de advertir, que *La Época*, que siempre se mostró tan defensora del Banco, y que si mal no recordamos, estuvo de su lado cuando aquella famosa crisis que acabó en una interminable cola, *La Época*, decimos, muda ahora de semblante con el Banco, y escribe dos artículos, de los cuales el de que hablamos es el segundo y más importante.

Mucho ha mudado de tática *La Época*, ella que tan buenos servicios ha prestado en otras ocasiones al primer establecimiento de crédito de España.

Con motivo de haberse confirmado la noticia de quedar de reemplazo el coronel de carabinieri, Sr. Escoda y Canela, pregunta muy oportunamente *La Época*:

«No será posible saber los motivos de una separación, que se dice acordada en Consejo de ministros, y que con general estratagemia no ha merecido á ningún periódico radical la menor observación? Cuando á un paisano se le hace de golpe y porrazo coronel, así al menos lo dice un periódico militar, y este coronel sirve en el cuerpo de carabineros y de pronto se le separa del servicio activo, alguna causa que el público tiene derecho á conocer ha debido inducir al Gobierno á tomar tan severa medida».

La curiosidad de *La Época* nos parece tan racional como poco fundado el silencio de los periódicos amigos del antiguo jefe de los carabineros de Navarra. Ellos más que nadie tienen interés en que la causa de esta separación sea pronto conocida, si como es de suponer mientras no haya motivos para pensar otra cosa, en nada afecta á la microscópica hoja de servicios del insignie amigo de Alonso Lallave.

Al *Debate* le ha dolido que dijese *El Imparcial* que la actitud del Sr. Cánovas en la reunión de casa del Sr. Santa Cruz fué de tal género, que solo puede interpretarla fielmen-

te el más importante de los periódicos alfon-
sinos. *El Debate* se apresura á desmentir al
diario radical, asegurando que el Sr. Cánovas
del Castillo declaró terminantemente, de
acuerdo con la mayoría de sus antiguos ami-
gos, que sin enajenar su libertad de acción
para en el caso de que el Gobierno no hiciera
cierta clase de política, debía apoyarse esta
situación, que, á juicio suyo, ofrecía garan-
tías de orden y de prudencia; garantías que
deben fortalecer con su patriotismo y con su
abnegación los hombres que anteponen á todo
la patria, la monarquía y la libertad.

El Tiempo, sin embargo, atribuye esta
frase al Sr. Cánovas:
«Yo soy alfonquista paciente.»
La verdad, averigüela Vargas; que á nos-
otros no nos interesa.

Los periódicos revolucionarios de Francia
atacan con furor al señor Cardenal Arzobispo
de Chambéry, por su circular al Clero de la
diócesis, mandándole que tome parte en las
elecciones y vote á los candidatos católicos.
La *Patrie*, con este motivo, hace las siguien-
tes juiciosas observaciones:

«Los periódicos radicales, con notable unani-
midad, atacan una circular del señor Arzobispo
de Chambéry al Clero de su diócesis, con motivo
de las elecciones que acaban de verificarse en el
departamento de Saboya.

Esta circular, cuya moderación llamará la
atención de todo ánimo imparcial, y que tiene
sobre todo por objeto excitar á los electores á
que voten, combatiendo la abstención. Dice así:

«El comité conservador ha propuesto á un
candidato que reúne las condiciones apetecibles.
Recomendamos á todos los electores que acudan
á votar y elijan á un buen católico. Decidid que
esto es para ellos un deber de conciencia, bajo
pena de pecado grave; haced de manera que no
haya una sola abstención en vuestra parroquia.

Hasta ahora, hemos tenido muchas malas elec-
ciones, porque hubo muchos votos irreflexivos y
muchas abstenciones.

Comprendamos la susceptibilidad, la indigna-
ción que esta circular ha producido en las hues-
tras radicales. ¿Dónde estamos? Se ataca di-
rectamente á la religión, y hay quien se atreve á de-
fenderla? La religión es el gran obstáculo para
los proyectos de los anarquistas, y este ob-
stáculo se atreve á resistir? Hay verdaderamente
motivo para lamentarse, y nos maravilla el que
se haga uso de él.

El Siglo, *El Radical* y *La Constitución* hallan
natural el lanzarse con estas desplegadas á la
arena electoral; pero no quisieran encontrar en
ella adversarios para estar seguros del triunfo.
Más lógicos nosotros, queremos libertad para to-
do el mundo. Siempre hemos creído que todo lo
que existe en un país como principio y derecho
reconocido, tiene la facultad y aun el deber de
intervenir, sin pena de abdicación, en estas lu-
chas.

«La restauración, monarquía de derecho tradi-
cional; el régimen de Julio, monarquía de dere-
cho representativo; la república y el imperio,
Gobiernos de derecho popular; todos ellos mien-
tras existieron tomaron parte en las luchas elec-
torales, y al hacerlo así sólo usaban del derecho
de legítima defensa. ¿Por qué, pues, la Iglesia
católica, la institución más antigua, la única
que ha resistido á todas las revoluciones de que
ha sido objeto nuestro país, por qué no ha de po-
der presentarse en el pánico electoral, donde
se ventilan sus intereses, como los de todo el
mundo, puesto que todo se ataca y nada se res-
peto? Y si hay un partido que no deba negar á
la Iglesia el derecho de intervenir, es indudable-
mente el que al pedir su separación del Estado
reconoce de este modo en la Iglesia una existen-
cia especial, distintos intereses, por cuya defen-
sa no debe ser en verdad mal visto que trabaje.»

Llamamos la atención de nuestros lectores
sobre los escandalosos hechos denunciados por
la *Reconquista* en las siguientes lí-
neas:

«Recibimos carta de nuestro corresponsal de
Toledo, dándonos irritantes pormenores de las
ilegalidades que allí se han cometido con nues-
tros correligionarios. Verdad es que las elecciones
municipales resultaron elegidos los candidatos
carlistas sin protesta de ninguna clase, quedán-
do por consiguiente proclamados, sin oposición
de ningún género, nuestros amigos. Fijose la lis-
ta durante quince días por si alguien quería ex-
poner alguna reclamación contra los nombrados,
y entonces se presentó una protesta fundada en
que las mesas no se habían constituido á las
nueve. Aunque la comisión escrutadora des-
echó una protesta que en ningún artículo de la
ley puede apoyarse, pasó sin embargo á la dipu-
tación.

Pero esto es nada comparado con el escándalo
que después promovieron los liberales. Presenta-
ron estos una protesta general, contra todos los
elegidos, alegando que estaban fuera de la ley
por ser carlistas. El ayuntamiento no quiso
cargar con la responsabilidad y le remitió á la
diputación, la cual no atreviéndose á tomar so-
bre sí una resolución tan odiosa la devolvió al
ayuntamiento, amonaciéndolo para que la cu-
riase en forma. Loido el oficio de la diputación,
uno de los secretarios escrutadores pidió la pa-
labra, que no le fué concedida, ordenando al al-
calde que se procediese á votación; hizo así y
el resultado fué admitir la protesta y declarar al
partido carlista fuera de la ley.

El resultado es fácil de adivinar. Los secre-
tarios presentaron una protesta en el acto, y ele-
varon otra á la diputación, y el pueblo, en su gran
mayoría carlista, no puede contener la indigna-
ción que la iniquidad de uno cuantos caudales,
serviles imitadores de los tiranuelos que en más
altas regiones nos oprimen, ha hecho estallar.

Por lo mismo, que la justicia y la razón están
de su parte, es muy de temer que los toledanos
se vean desafiados; pero no por eso se des-
animen. Acudan á todos los medios que la ley
les dé, y lleven, si es menester, la cuestión á la
Audencia, si no con esperanza de ver satisfac-
ción sus justas reclamaciones, al menos para
que resulte de una manera más evidente, la tiranía
de que son víctimas.»

Creemos que aun tratándose de carlistas,
deberían los diarios revolucionarios, al menos
por guardar las apariencias, pedir que se
aclarasen los hechos denunciados, que se hi-
ciese justicia á nuestros amigos de Toledo y
se castigase severamente á la autoridad que
haya tenido la infeliz ocurrencia de reirse, no
ya de la ley, sino del sentido común, admitien-
do una protesta absurda.

Con ocasión de nuestros artículos contra
el folleto del Sr. Múzquiz, hemos empezado
á recibir cartas de nuestros amigos, que por
razones fáciles de comprender no damos á la
estampa. Pero entre esas cartas hay una cuya
publicación nos parece indispensable, ya por su
contenido, ya también por la persona
que la firma.

Trátase de una pública protesta contra las
insinuaciones del Sr. Múzquiz hecha por uno
de los más ilustrados, prudentes y celosos

partidarios de D. Carlos, y que por añadidura
ha sido por algún tiempo secretario del señor
duque de Madrid. Hablamos de nuestro buen
amigo D. Bienvenido Comín.

El cual, tan pronto como leyó nuestro se-
gundo artículo sobre el consabido folleto, se
apresuró á remitirnos el escrito que, con el
mayor gusto, insertamos al pie de estas lí-
neas y que con gusto no menor saborearán
nuestros constantes suscritores.

Nuestra satisfacción en ver al Sr. Comín
coadyuvándonos á rechazar los ataques que el
Sr. Múzquiz ha dirigido al señor duque de
Madrid y á su augusta familia, no es menor
separadamente que la que nos proporciona
nuestro excelente amigo en la segunda parte
de su bien escrita carta, dedicada, como ve-
rá el lector, á encarecer la necesidad de la
unidad del partido carlista y de que todos
obedezcamos las órdenes del señor duque de
Madrid.

Con plena justicia el Sr. Comín «condena
cuanto tienda á producir disidencias, cuanto
tienda á crear rivalidades personales en el
seno de la gran comunión católico-monár-
quica» acostumbrada á ver huir á sus hom-
bres de los primeros puestos, como los ha
visto el Sr. Comín y los hemos visto nosotros.
Si, es necesario que ese hermoso espectáculo
continúe para confusión de nuestros adver-
sarios y no cesara, porque como indica muy
acertadamente nuestro amigo es una conse-
cuencia forzosa de nuestros principios políti-
cos y religiosos.

Tampoco ha de faltar, con la ayuda de
Dios, el debido acatamiento á las órdenes del
señor duque de Madrid; ni han de compla-
cense los liberales en nada que tenga sabor
de desobediencia ó rebeldía dentro de la gran
comunión católico-monárquica. Dejaría de
pertenerse á ella *ipso facto* quien tal ejemplo
diese, separándose de la buena doctrina por
un lado y por otro del camino seguido por
nuestros mayores, que gracias á su admirable
espíritu cristiano, supieron hermanar perfec-
tamente sus deberes de súbditos con los
de hombres y de católicos.

En nuestro campo no puede haber desobe-
dientes ni mucho menos rebeldes: no hay
carlista que no se halle dispuesto á prestar la
obediencia debida, como no hay carlista que
discrepe de otro en la más mínima cosa que
sea sustancial.

Véase ahora la carta de nuestro buen ami-
go el Sr. Comín:

ZARAGOZA, 14 de Enero de 1872.—Sr. D. Fran-
cisco Navarro Villoslada: Mi querido amigo: En
el *Pensamiento Español* del día de ayer he
visto trascrito un párrafo del folleto últimamen-
te publicado por el Sr. Múzquiz, y protestada
por Vd. la calumniosa insinuación que en él se
contiene, suponiendo, ó indicando al menos, que
el augusto duque de Madrid pueda obedecer ór-
denes misteriosas superiores á su voluntad.

Habiendo yo tenido la honra de ser secretario
político del Sr. D. Carlos de Borbón por espacio
de algunos meses, y la de tratarle con toda la
respetuosa intimidad que cabe entre un súbdito
y su soberano, me creo en el deber de adirle
como me adhiero, con todas las varas de mi al-
ma, á las explicaciones y á la protesta por usted
formuladas contra aquella irreflexiva, y acaso
malévola insinuación del Sr. Múzquiz.

El señor duque de Madrid, por la pureza de
sus sentimientos, por la energía de su carácter,
y por el inquebrantable amor que profesa á Es-
paña y á los principios de la santa causa que
simboliza, es incapaz de obedecer órdenes mis-
teriosas, que nunca podrían ser superiores á su vo-
luntad, constantemente dirigida y encaminada
en todos sus actos al engrandecimiento del Catolicismo
y á la felicidad de su patria.

Creyéndonos, por consiguiente, en el deber de
dar público testimonio de esta verdad, impulsado
además por mi conciencia, y por el cariño
personal que profeso al señor duque de Madrid y
á toda su augusta familia, rechazo con todas mis
fuerzas aquella calumniosa insinuación, aunque
bien convencido de que ha de ser despreciada por
todos los carlistas y por los mismos enemigos de
D. Carlos, los cuales, por más que para fines del
momento, tan conocidos como ineficaces, aparen-
te lo contrario, no han de prestarle crédito al-
guno; y rechazo igualmente la que también en-
vuelven las palabras trascritas contra mi ilustre
amigo el Sr. D. Cándido Nocedal.

Por lo demás, en el Sr. Múzquiz y en otro cual-
quiera carlista, alto ó bajo, condeno cuanto tien-
da á producir disidencias en el seno de la gran
comunión católico-monárquica, cuanto tienda
á crear rivalidades personales, propias exclusi-
vamente de la ambición ó de la codicia de los hom-
bres de otros partidos, sobre los cuales no pesan
los deberes que sobre nosotros pesan en nuestra
calidad de carlistas y de católicos, por consi-
guiente; cuanto tenga sabor de desobediencia
ó rebeldía; creyendo, como creo, que nuestra
primera obligación es obedecer, y procurar la
unidad de miras y de acción entre todos los sú-
bditos del caballeroso príncipe, á quien, por buena
dicha, ha colocado Dios al frente del partido
carlista.

Ruego á Vd., mi querido amigo, se sirva hacer
pública esta manifestación en su ilustrado pe-
riódico, mientras tiene el gusto de reiterar á Vd.
su consideración y afecto su atento seguro ser-
vidor Q. S. M. B., Bienvenido Comín.

Dice un periódico que no hay mucha ar-
monía entre el Sr. Ruiz Zorrilla y los señores
Martos y Rivero. Parece que estos creen que
al Sr. Ruiz Zorrilla le falta diplomacia para
dirigir la cimbria.

Ya se nos hacía muy duro de creer que
aquellos dos personajes radicales sufrieran la
inconsciente dirección del Sr. Ruiz Zorrilla.

Al Sr. Sagasta le van empujando hácia el
campo conservador; allí, sin remedio, entre
hombres de más talla política que él, habrá
de resignarse á formar en filas.

De esta vez, los progresistas desapare-
cen, para dar lugar al nuevo partido, en el
cual naturalmente han de predominar los
hombres de más talento ó influencia, que no
son ciertamente progresistas. Por esto *La
Prensa*, hablando del nuevo proyecto de ter-
tulia *progresista* y de la reunión celebrada
en este objeto en casa del Sr. Montejo, dice,
que no le parece oportuna y prudente la rea-
lización de este pensamiento, precisamente en
los momentos en que se trata de llevar á cabo
un acto político de alta significación y trascen-
dencia.

Leemos en *El Imparcial*:

«Ninguno de los periódicos fronterizos, ni si-
quiera *La Epoca*, se ha dignado decirnos las ideas
que emitió el señor general Zabala en la reunión
del sábado.

Y sin embargo, valía la pena conocer la res-
pectable opinión del marqués de Sierra-Balanes,
porque después de haber considerado inconveniente
la reunión toda vez que no se consultó á

los reunidos cuando entró en el ministerio el
señor Topete, añadió cosas contra la política actual
de la unión liberal que son para dichas, pero no
por nosotros.

¿Habrá algún colega que quiera tomarse el tra-
bajo de ilustrar la opinión con este detalle des-
conocido?

Esta noticia conviene con las que nosotros
tenemos, y con lo que se ha dicho en algunos
círculos políticos bastante autorizados. Pero
no se cause *El Imparcial*, que los fronterizos
darán la llamada por respuesta.

Dice un periódico que el Sr. Ríos y Rosas no
consiente en un candidato ministerial para la
presidencia de las Cortes, temeroso de una der-
rota. ¡Si conocerá el ministerio que apoya el se-
ñor Ríos Rosas!

Leemos en *El Tiempo*:

«La real familia continúa sumamente compla-
cida en lo que el Sr. Olózaga se desvía por ad-
quirir noticias de lo que pasa, y cuando alguna
sabe, forja un plan y lo transmite al Gobierno á
fin de parecer bien enterado.

Es de suponer que funde en esto el aumento de
los emolumentos.»

De fijo que no faltan en Madrid dignos émulo
del Sr. Olózaga.

El mismo periódico dice que el marqués de
Alcañices salió el domingo de París con direc-
ción á Viena, á ocupar sin duda el puesto que
dejó el Sr. O'Ryan, y contener los infantiles im-
petus del augusto marqués de Covadonga.

Los periódicos de París han anunciado la for-
mación de un nuevo Banco franco-español, al
frente del cual se pondrían algunos banqueros
de España y Francia. No han dado pormenores.

El director general de infantería ha sido auto-
rizado para llamar al servicio activo á los indi-
viduos de la quinta del 68, que se hallan en la
primera reserva, cuando haya necesidad de cu-
brir el cupo señalado á los cuerpos.

El día 7 del actual hubo en Cazalla un con-
flicto provocado por muchos jornaleros, que se amo-
tinaron en la plaza pública, donde se hallaba la
casa del ayuntamiento, en demanda de la supre-
sion de un arbitrio sobre el pan, y pidiendo
la destitución del alcalde. Intervino la Guardia
civil, y el conflicto terminó sin consecuencias
desagradables.

Han contado á *El Tiempo*, que el viernes últi-
mo, en una recepción que tuvo lugar en una gran
casa de la plaza de Oriente, un socio de la tertu-
lia progresista entró en el *buffet* y después de
satisfacer tranquilamente su apetito se dirigió á
uno de los mozos de comedor con la mano en el
bolsillo del chaleco y diciéndole:

—¿Cuánto es?
Hasta aquí lo que se dice; después no se sabe
si los dueños de la casa que son económicos en
suyo grado, se aprovecharían del ofrecimiento
del incauto progresista que se creía en la taberna
del Pelao, en el café del Sable ó en casa de Botín.

Según noticias del Río de la Plata, está can-
sando la admiración de los inteligentes nuestra
bella fragata *Almansa*. Todos los almirantes ex-
tranjeros que allí se hallan la han visitado y ha-
cen grandes elogios de los reducidos que última-
mente se le colocaron en el apostadero de la Ha-
bana. El almirante francés ha pedido los planos
de ellos.

Las últimas noticias sobre el estado de salud
del electo ministro de la Guerra, general Gamín-
de, son graves, empezando á inspirar su enfer-
medad serios temores.

Ayer salió para Barcelona el médico Sr. Ur-
quiola con objeto de asistirle.

Habiendo asegurado *La Prensa* que habían des-
aparecido veinte millones de la caja de doña
Isabel, *La Epoca* se apresura á desmentir esta
noticia.

Dice un periódico:

«Varios de nuestros colegas se ocupan estos
días acerca del mejor derecho que asiste, ó puede
asistir, á los aspirantes, á ocupar la vacante que
ha dejado el ilustre almirante Sr. Vigoda.

Creemos que existiendo varias disposiciones
claras y terminantes, dictadas por las Cortes
Constituyentes, sobre hacer fácil la aplicación de
la ley, contribuiría á que recayese la elección en
el activo é inteligente contraalmirante, excelen-
tísimo Sr. D. Blas García de Quesada, el más an-
tiguado de los generales de la escala activa de la
armada.»

Creemos que el almirantazgo no verá tan clara
la cuestión, y tendrá en cuenta á los dignísimos
marinos que al saber la conducta seguida por la
marina en Cádiz, pidieron en masa quedar exen-
tos de servicio, para no vestir más un uniforme
que creían deshonrado.

Por la dirección de Contabilidad se ha dirigido
una circular á los jefes económicos, disponiendo
que se haga entender á los empleados de dicha
sección que en ningún caso se resolverá solicitud
alguna de licencia sin que vaya informada por
los mismos, y con la justificación correspondien-
te cuando sea por motivos de salud.

Anteayer se verificó, sin novedad de importan-
cia, la elección para la sindicatura de riesgos de
Lorca, obteniendo el elegido el triunfo por una
mayoría de 47 votos.

Anteayer falleció la madre abadesa del con-
vento de San Pío de esta capital.
Confiamos en que Dios se habrá dignado acoger
en su seno el alma de tan virtuosa señora.

El presidente de la Audiencia de la Coruña ha
interesado al señor ministro de Gracia y Justicia
la necesidad de que el nuevo juez de Carballo,
D. Venancio Lopez, tome inmediatamente posesión
de su destino por la perturbación que en di-
cho partido producen las luchas políticas, más
enconadas en aquel punto que en otros lugares.
Este es uno de los muchos bienes que nos han
traído los liberales.

En los distritos de Enguera y el Puig (Valen-
cia) terminaron anteayer las elecciones parciales
para diputados provinciales. En el primero ha
triunfado, sin oposición, el candidato ministe-
rial; en el segundo, la elección resulta dudosa.

Por la dirección general del ramo se expedirá
en breve una orden disponiendo la manera de
rectificar los errores materiales que se cuentan
en las actas de inscripción del registro civil.

En el juzgado municipal de la Coruña se ha
presentado escrito pidiendo que audan á juicio
de conciliación el presidente y magistrados de la
sala civil de aquella Audiencia, como acto de
preparación para establecer demanda de respon-

sabilidad civil. El juez municipal declaró no ha-
ber lugar á la celebración del acto.

Dice un periódico de Valencia del sábado:

«Anteayer, á las nueve de la mañana, princi-
piaba, al parecer, una fuerte avenida en el río
Júcar, temiéndose que se acrecentara. En Alca-
r, temiéndose que se acrecentara. En Alca-
r se recogió el cadáver de una mujer que arrastra-
ban las aguas, en el sitio denominado *Isote de
las monjas*».

Al parte que desde *Micópolis* remitieron el do-
mingo á *La Política*, contesta hoy *El Imparcial*
del modo siguiente:

«Como no somos ministeriales, el telegrama an-
da un poco torpe para nosotros. Así es que ho-
mos recibido también el parte anterior algo in-
inteligible, pero acompañado de estos otros que
se leen bien, pero que vienen igualmente retra-
sados:

«VILACAMPELO, 13 (á las once y media de la no-
che).—Llegada remesa fronteriza. Patente su-
cia. Prohibida entrada puerto, no obstante sus
humildes gestiones después de tanta arrogancia.
Pestilencia pone peligro baña. Mandados lazare-
to hasta nueva orden.

PUERTO-JULVE, 15 (á las diez de la noche).—
Gran rizada de calamares. Fronterizos arrojados
al agua. Montejo confecciona el barrii. Topete se
escama. Peces progresistas no pican. Fusión nau-
fraga. Habrá merienda, pero durará poco.»

Por varios acuerdos de la comisión provin-
cial de Córdoba tendrán lugar nuevas elecciones
municipales en muchos distritos de aquella pro-
vincia.

El ayuntamiento de Córdoba ha acordado con-
ceder tres lotes, de 2,000 rs. cada uno, para los
tres primeros soldados hijos de aquella capital, ó
en su defecto de la provincia, que se inutilicen en
la isla de Cuba.

El ministro de Fomento no asistió ayer á la se-
cretaría por hallarse enfermo.

Tiene desgracia este ministerio: se cura el se-
ñor Sagasta, y cae enfermo el Sr. Malcampo; y
apenas se restablece, es el ministro de Fomento
el que tiene que meterse en cama.

The Levant Herald, periódico que se publica
en Constantinopla, extraña mucho que España
haya suprimido su consulado general en Smirna,
en los momentos en que es más activo el co-
mercio con nuestros puertos, privándose de los
servicios que durante largo tiempo había venido
prestando el cónsul D. José María Lobo y Mala-
gamba, en aquella residencia. El consulado de
Smirna podrá no ser de gran importancia en
política; pero es interesante por demás para nues-
tro comercio. Así lo cree, también dicho periódico,
que confía por lo mismo en su restableci-
miento, aprovechando la ocasión de los presu-
puestos, próximos á presentarse en el Parlamen-
to, para su debida discusión.

Según tenemos entendido, se piensa por el mi-
nisterio de Gracia y Justicia en el restableci-
miento de algunos de los juzgados de primera
instancia, suprimidos el año 67.

Tejer y destejer.

Leemos en *La Convicción* de Barcelona:

«Parece que la partida de latrones que recorre
la costa este capitanada por dos presos que ha-
cen algún tiempo se escaparon de la cárcel de Ma-
rá. Dicen que es muy grande la alarma en
todas las poblaciones, y hasta en la misma ciu-
dad, pues todo el mundo teme encontrarse con
aquellos malhechores.»

CORREO DE HOY.

La *Germania* de Berlín anuncia que van á
reunirse en un volumen todas las protestas
que en favor de la Compañía de Jesús se han
hecho en Prusia. Una de las más notables es
la de los antiguos discípulos de los RR. PP.,
que está concebida en estos términos:

«La declaración fechada en Maguncia y firma-
da por el conde Arco-Zinneberg y sus amigos
ha resonado poderosamente en toda Alemania.
Hombres de todas las clases sociales y de todas
las regiones del imperio han saludado con ale-
gría esta declaración en favor de la Compañía
de Jesús, y se han asociado á ella siguiendo los im-
pulsos de su conciencia. Pero nadie se ha adhi-
rido ni se adherirá á ella con convicción más pro-
funda que los infelices, antiguos discípulos de
los jesuitas, que declaramos, además, que consi-
deramos, no solo como una obligación de grati-
tud, sino también como un deber de conciencia,
defender á la Compañía de Jesús y sus indi-
viduos que nos son tan caros.»

—Conde, Francisco Javier Schmsing-Kersen-
brock.—Conde, Guillermo de Hensbré.—Conde,
Pablo de Hensbré.—Baron, Thierry de Bren-
ken.—Baron, Otton de Brenken.—Conde, Fran-
cisco de Nesselrode, etc., etc. (Siguen las firmas
de multitud de personas notables de Alemania.)

La prensa católica de Alemania cuenta
con dos nuevos órganos diarios, uno de los
cuales, la *Deutsche Reichszeitung* se publica
en Bonn, y otro, la *Coblenzer Volkszeitung*
en Coblenza. Los dos prometen ser vigorosos
campeones de la causa de la Iglesia, y re-
chazan todo acomodamiento con las ideas
modernas.

Leemos en *La Correspondencia de Ginebra*:
«Se nos pregunta qué hay de verdad en los ru-
mores que propanan los periódicos liberales so-
bre la supuesta oposición que continúa haciendo
el reverendo señor Strommayer á los decretos del
Concilio. Uno de nuestros corresponsales de Ro-
ma nos dice que el viaje de este Obispo á aquella
ciudad, y la audiencia que ha tenido con el Pa-
pa, pueden ser considerados como indicio de que
seguirá el ejemplo de sus venerables hermanos
en el Episcopado.»

El general Cathelineau viaja por el Medio-
dia de Francia, siendo objeto de grandes
muestras de simpatía y aun de entusiasmas
ovaciones. Los revolucionarios están muy ir-
ritados, y llenan de injurias al Clero, á quien
suponen agente de estas manifestaciones en
favor del general legitimista.

En Montpellier los republicanos han pro-
movidado una demostración escandalosa con-
tra él.

«Algunas horas después, dice un periódico, de
su instalación en un hotel situado en las inme-
diaciones de la prefectura, dos grupos uno de
estudiantes de jurisprudencia y otro compuesto
también de estudiantes de medicina que se in-
corporó al primero, se estacionaron frente á las
ventanas amenazando á M. Cathelineau con obli-
garle á marchar por fuerza si prolongaba más

tiempo su permanencia en Montpellier, acompa-
ñando estas amenazas con las palabras más gro-
seras y gritando abajo los quintistas! Fuera los
legitimistas!»

Esta manifestación fué disuelta por la autori-
dad, pero aquella misma noche otro grupo de
estudiantes se presentó de nuevo y en la misma
actitud, aumentándose el tumulto y la confusión
á causa de las discusiones que se entablaron en-
tre los estudiantes y muchos comerciantes de las
calles próximas, que en son de contramanifesta-
ción se oponían á que los primeros continuaran
gritando y alborotando costando gran trabajo
evitar que viniesen á las manos.

En el momento en que la discusión tomaba
mayores proporciones, apareció M. Cathelineau
en el balcón rogando se le permitiera decir algu-
nas palabras.

Una lluvia de piedras fué la contestación que
pudo obtener; y como á pesar de las instancias
de las personas que le acompañaban, M. Cathelineau
insistía en continuar en el balcón, su hijo
se abalanzó á él para obligarle á que se retirase.
En cuyo momento el joven recibió una pedrada
en el hombro que le ocasionó una fuerte contu-
sion.

A las nueve de la noche se hicieron algunas
prisiones, y la fuerza militar se puso sobre las
armas, no tardando en restablecerse la tranqui-
lidad.

Dice la *Liberté* de Friburgo:

«La autoridad municipal de Courgenay recibió
el 31 de Diciembre una orden del prefecto de
Porrentruy para que tomase las disposiciones
convenientes á fin de que se cumplieren las ór-
denes del Gobierno, prohibiendo al Cura párroco,
Sr. Stander, la celebración del culto público. Como
era natural, nada hizo aquella autoridad,
conteniéndose con trasladar la orden al Cura, y
dejando que el prefecto recurriese á los gendarme-
mas si su corazón se lo dictaba. Indudablemente
ha empezado ya la persecución, y seguirá su curso,
porque los promovedores de este triste con-
flicto no son hombres capaces de comoverse por
la suerte de los pobres campesinos, que morirán
sin recibir los auxilios de la religión, que no po-
drán casarse ante la Iglesia, etc., etc.

Los que no echan de menos el culto no se in-
quietarán por los clamores del pueblo.

Hasta ahora se ha conseguido mantener en
calma á los vecinos de este pueblo; pero la agi-
tación es grande; y si los gendarmes se apode-
ran del Cura, como es de esperar, no costará
trabajo impedir una manifestación. Es muy pro-
bable además que al Gobierno le venga muy bien
el intervenir por medio de la fuerza; promova-
rá una insurrección para aplastar la resistencia.»

Escriben del Jura á la *Liberté*, que habien-
do amenazado el Gobierno de Berna con re-
currir á medidas extremas, no contra M. Cre-
lier, Cura de Rebenvelier, sino contra el se-
ñor Obispo de Basilea, y siendo, en efecto,
capaz de todo, M. Crelier creyó deber hacer
lo que de él dependía para impedir la recu-
rrencia de la persecución contra aquel Pre-
lado, blanco ya por todas partes de los tiros
de los enemigos de la Iglesia; en su conse-
cuencia, presentó la dimisión de Cura de Re-
benvelier.

¿Terminará así este asunto? Pronto lo ve-
remos: la verdad sea dicha, lo dudamos.

Según noticias de Alemania, el ministro
de Cultos de Baviera ha puesto en

